



j.v. marques

Un fantasma recorre el mundo: el feminismo. Las mujeres amenazan con subvertir el orden público, lo que no a todos preocupa demasiado, pero además no se detienen ante las puertas del orden privado. Los varones nos alarmamos, verificamos la ubicación de nuestros genitales y gritamos virilmente: "¡No pasarán!". Otras veces adoptamos un tono infantil y esperanzado: "¿No pasaréis, verdad? ¿Será todo una broma, no?" Sólo un desprecio ancestral atenúa nuestra alarma: pues si el feminismo es cosa de mujeres no ha de ser cosa seria o de temer. Por si las moscas, claman los pontífices y declaman algunas esquirolas por un justo medio. Ni el feminismo, que-sería-un-nuevo-machismo, ni el manoloescobatismo. Se propone algo así como el machismo social de mercado. Seamos razonables: nada que oponer a que las mujeres trabajen antes de fregar los platos ni a que se acuesten con nosotros sin previo matrimonio.

Y sin embargo, ¿quién nos dijo, grandísimos cretinos, que lo que las mujeres ambicionan eran nuestros poderes, nuestro pavor, nuestros celos, nuestras angustias y nuestras medallas? He aquí que los varones pobres nos miramos hostiles o asustados ante el feminismo y sin embargo sólo tenemos que perder las cadenas que nos ligan a privilegios caducos, ventajas a menudo incómodas, y onerosas fantasmadas. Atrevéos a imaginar, varones, un mundo donde el varón hubiera sido destronado. Destronado que no castrado. Imaginad la economía sin la carta de ser proveedores oficiales. Imaginad el sexo sin la molestia de montárselo de seductor. Imaginad el trabajo con una menor proporción de colegas calvos o casposos. Imaginad el generalizado alivio de no tener que mirar al vecino como alguien que puede ser más fuerte, más rápido en tener una nueva erección o más audaz y por ello quizá más apreciado por las damas.

¡Ah, padres de familia angustiados por lo magro de vuestro sueldo y lo frágil de la virtud de vuestras hijas! ¡Ah, maridos oscilantes entre el miedo a que vuestra mujer sea codiciada por el vecino y el que se abandone tanto que no podáis codiciarla ya vosotros! ¡Ah, pretendientes y amantes preocupados de que no se os empine vuestro augusto cetro en el momento preciso y con la augustez apetecida! ¡Ah, miedicas obligados a componer fiero semblante si entra en casa un ratón, un delincuente contra la propiedad o un vendedor de enciclopedias! ¡Si supiéseis cuánto consuelo hallaríais en compartir con las mujeres afanes y labores, miedos y requiebros, trajines en la cama y cualesquiera otros movimien-

tos, tentativas y responsabilidades!

El día sería ya de empuñar las armas contra el patriarcado. Contra quienes nos proponen como plenitud la represión de la mujer por cuenta ajena a cambio de una pequeña comisión, contra los fabricantes de imágenes jamesbondianas, johnwaynescas y bonuspaterfamiliares, contra superman y sanjosé, contra el severo terno y la sombra del rostro paterno. ¡Arrojad el falo no menos como hisopo que como verga: no es más que un báculo! Unámonos al grito de "¡Abajo los estafadores!" Descubramos que nos hicieron creer que nos hacían independientes porque ellos dependían de que nosotros dependiésemos de la dependencia de las mujeres.

Más he aquí que esta proclama se me antoja desafortunadamente vanguardista y dislocada de su sujeto histórico, autoalimentada de su enfebrecida simetría con otras opresiones, tareas, protagonistas y esperanzas. ¿Dónde está el colectivo que habría de concurrir a la lucha contra el patriarcado con no menos bríos pero con no mayores afanes de protagonismo que el ramo del metal a una manifestación inter-ramas?

Son muchos siglos ya de "clase en sí" para que aún no se le haya visto al varón oprimido un detalle de que tiene madera de "clase para sí". No hay huevos para pasar de huevos.

Ved cuán femenilmente andan los varones escondiendo la cabeza bajo el ala, ofreciendo la espalda al sistema amo y por ello mismo sacando irremediable e indecorosamente el culo, lo que a un observador imparcial no ha de ocultársele. Ved cómo nada se les antoja comparable al consuelo majadero de sentirse inverificablemente superior al cincuenta y dos por ciento de la población. Ved cómo la fricción del pene en un agujero institucional o temerosamente propicio constituye su más imaginativo programa de placer. Ved cómo gustan de imaginar sus pies andariegos y exploradores para limitarse a reclamar su enzapatillado y realizar el exiguo trayecto desde el vestíbulo al televisor mensajero del padre. Ved como se piensan líderes o mentores para justificar su vocación de serviles capataces. Observad con qué gusto acoje el varón la presencia femenina para aconsejar su petición de consejo, para autoafirmarse mediante la persecución o su amago, para ofrecerse como admirador rendido fiel esclavo o para erigir a la mujer en musa de obras y gestas totalmente ajenas a la voluntad de la interesada. Observad como no rehuye el varón que se le oriente, canalice y aún manipule siempre que se le haga maternalmente, secretamente, con un respeto a su condición de varón, manteniéndole la titularidad del poder en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo.

¡Oh, Dios!, ¿qué puede hacerse con un oprimido así?

* Tomado de "EL VIEJO TOPO" núm. 43-abril 80